

Bioy Casares, una Imagen Personal

El destino lo favoreció con sus mejores atributos: belleza física, distinción, elegancia, fortuna, posición social, unos padres que lo adoraron, admiraron y consiguieron, una inteligencia clara, una alegría natural y contagiosa, una empatía llena de risas, mucho talento, voluntad de trabajo y el difícil, a menudo equivocado, don de la creación. Las mujeres, que poblaban múltiples momentos de su vida, lo distinguieron con su amor o su amistad. Por más de cincuenta años compartió el camino con Borges y con Silvina Ocampo, una de las personas más inteligentes y originales que hemos conocido. El éxito fue su compañero de ruta, quizá porque su control en él un gran gozador de la vida. Le gustaba todo lo que escarmentaba bellas, por eso, robaba "coches deportivos, la sal de mar y la dulzura de los rosas. Le gustaba nadar, le gustaba viajar, le encantaba el olor del campo después de la lluvia, el chocolate caliente, el dulce de leche raspado del fondo de las cacerolas.

Silvina y Borges

Sin embargo y pese a los regalos de la suerte, fue un hombre modesto, que nunca presumió de nada ni tampoco se lamentó de las sucesivas desgracias padecidas en sus últimos años. Austero, a veces hasta la exageración, nunca lo vi fumar ni beber, y aunque en su casa la comida era sana, casi diría demasiado sana, sabía dónde se podían encontrar los mejores vol-au-vent y no vacilaba en irse hasta Luján y sentarse en una mesa de "Le vieu vive" y mientras escuchaba con respeto —no con devoción porque se proclamaba ateo— los cantos religiosos entonados por las monjas del restaurante, saboreaba la excelencia de la cocina a la francesa. Por supuesto, él no cantaba, hasta en sus era solidario con su amigo Borges ya que ambos defendían acérrimamente, sin el menor sentido de la medida, las pocas veces que los veíamos juntos algo que quería ser música. No obstante, los Bioy, Silvina y Adolfo, reverenciaban a



Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares.

Bioy Casares, pese a los regalos de la suerte, fue un hombre modesto, que nunca presumió de nada ni tampoco se lamentó de las sucesivas desgracias padecidas en sus últimos años. Era austero a veces hasta la exageración.

Por María Esther Vázquez

Brahma, respeto que le costaba separar la línea melódica de una melonga de la del Himno Nacional o de La Gaita bagra, tomaba las predilecciones de sus amigos como propias. Los Bioy consideraban a Brahma como el mayor músico de la creación y, al mismo tiempo, eran con deleite a cazadores berripilantes que esquilaban los sonidos. Cuanto más audaces, mayor era el placer. Tenía Bioy un sentido de la corteza y de la educación que se encontraba todavía en las viejas familias criollas del interior y del norte del país. Cuando Borges le dedicó aquel poema a Gairaldos que empezaba "Nadie podrá olvidar su corteza" era la su búsqueda, la primera forma de su bondad, la verdadera. "En cierto modo también lo estaba rindiendo un homenaje al amigo que lo acompañó durante cincuenta y cinco años. Hacer un homenaje cierto embajador de uno de los países del primer mundo, un verdadero humanista, administrador de su obra, sabiendo amigos suyos, no podía que se le presentaran. Entonces, me pareció lo más apropiado invitar a ambos a cenar una noche en casa. Era el fin de un verano tan ardiente como este que vivimos. La cita quedó fijada para las nueve. Pastural, como suelen ser los di-

plomáticos. Llegó el embajador a las nueve y un minuto. Pero el tiempo empezó a pasar y ni se sentaba. Y, de pronto, en ese preciso momento, advirtió el pasado que había olvidado totalmente el compromiso, acababa de comer en su casa y ya estaba listo para acostarse. Altrad, inmediatamente inventamos entre los dos una complicada mentira justificadora, estoy casi seguro de que el embajador no la creyó, pero apareció creyendo. Quince minutos después, apareció Bioy en casa, vestido como un príncipe. Se sentó a la mesa y con notable entusiasmo —el que sólo comer pocas veces— volvió a repetir "el ejercicio masticatorio" y se sirvió de todo: entrada, plato principal y postre. Todavía recuerdo el comentario del embajador al terminar la acreditada comida: "Creo que hacer demasiado calor de sonarado que estaba hace un rato se ha puesto volado muy palido".

La risa

A las pequeñas desdichas

cotidianas, los fracasos y los desencuentros que suelen acompañar la vida de todos los hombres, los restaba importancia, es más, las tomaba a broma. Por ejemplo, recordaba con risas el comentario fustigado que Enrique Larreta hizo de uno de sus primeros libros escritos apenas a los diecisiete años, se trataba de "Diecisiete disparos contra el porvenir". A todas veces el autor se halla en pleno apoplejismo glandular". Recordaba con el mismo humor sus dos fracasos como editor de revistas: la primera, la que crearon con Enrique Drago Mitre y Julio Carlos Mendigoy, se llamaba "El Batallón" y se ocupaba, al parecer, de deportes. "No sé si llegó a pasar el primer número", comenta. En cuanto a la segunda, ya fue un intento serio de llevar adelante una revista literaria y su correspondiente editorial; una forma mucho menor de barba bautizaron "Destiempo". Tenía un formato tabloide, era mensual y constaba de seis páginas. Hasta hace poco conservaba los editores de octubre y noviembre del 36, el tercio de diciembre de ese año lo he perdido hace mucho —recordaba Bioy—. En la portada, prudentemente, no aparecían los nombres de los directores (Borges y yo) pero sí el de un secretario, Ernesto Pissavini, que era el portero de casa. Lo incluimos porque una revista que la gente debe contar con un secretario de redacción y el apellido Pissavini era verosímil, nadie podría inventarlo. Por supuesto no había nada, pero a nosotros nos fue útil y a él le dio un gran prestigio en el barrio el hecho de ser secretario de la revista. Se daba mucho gusto con eso. Colaboraron nuestros amigos sin cobrar un centavo: Alfonso Reyes, Horacio Urdía, Macedonio Fernández, Mastromarini, Xal Solari, Peyro. El primer número se publicó entre la gente conocida, la tirada del segundo se vendió íntegramente en las canchas de rugby porque se la vendía con una explicación: "Destiempo, revista para el asento: ¡Fíjate el lugar en que estaba la revista! El tercer número no lo quería nadie, ni siquiera regalada. Así que abandonamos la empresa. Pero nos divertimos muchísimo mientras duró".

De la misma forma en que se burlaba de aquellos intentos, no

vacilaba en sincerarse acerca de sus gustos literarios, no obstante ir contra la corriente. Por ejemplo, y para evidenciarlo de muchos de sus colegas, declaró una vez que Virginia Woolf lo aburría muchísimo y que del actualmente desatendido Lytton Strachey (en la película Carrington es uno de los principales personajes) le encantaba la tonta y la gracia de sus "Victorianos eminentes", pequeños ensayos biográficos bastante críticos de notorias figuras públicas. Bioy no se casaba fácilmente. Sin embargo, lo acababa de querer los soberbios y los imbeciles presentimientos. Era bondadoso con los pecados ajenos y también con los propios. Salvó desde el punto de vista literario, no criticaba a nadie. Se llevaba muy mal con Victoria Ocampo, su cuñada, a quien consideraba —e injustamente— como el prototipo de mujer autoritaria. No conocí la evidencia, pero más de una vez confesó que le hubiera gustado escribir uno de los dos cuentos que sentía como los más admirables del género: "La muerte en el mar" de Wladimir "Shredni Vashar" de Saki. Borges confesó que la erudición de Bioy era asombrosa y que, cuando lo conocí, allá por 1931, se dio cuenta de que en su apenas diecisiete o dieciocho años de vida había leído tanto como él en treinta y dos. La última vez que vi a Bioy fue el domingo a la tardecita, la vigilia de su partida de este mundo. Estaba delgadísimo y lídico, pero era evidente que sufría y él lo sabía lo sabía. No era esa la imagen que quiero conservar en la memoria. Quiero guardar otras, las de las tardes doradas en que compartiendo una té amargo y ahumado en las deliciosas tazas que habían sido de su madre, recordábamos los acontecimientos graciosos y reímos juntos, porque a Bioy le gustaba reír, a veces hasta llorarse los ojos de lágrimas. Era la risa bondadosa de un hombre que ha vivido mucho, que disculpa los errores de los otros y que sabe que la felicidad se encuentra en hechos mínimos, como estar flotando, bromeando a la deriva, entre el agua de un mar manso, debajo de un cielo azul que, en la infinitud de ese momento, le pertenece.

La Nación, Buenos Aires, GDA

Bioy Casares, una imagen personal [artículo] María Esther Vázquez.

Libros y documentos

AUTORÍA
Vázquez, María Esther

FECHA DE PUBLICACIÓN
1999

FORMATO
Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bioy Casares, una imagen personal [artículo] María Esther Vázquez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)